



La tercera orilla IX



Es imposible abordar la literatura de este autor sin antes haber leído la historia que lo sustentaba como hombre, como pensador y escritor.

De su propia voz conocimos que sus padres pertenecían a una honorable familia labriega santandereana. Oiba, era pues, según Vargas Osorio, *“un pueblo situado en un pequeño valle, por el cual, diáfano y alegre, copiando nubes y sombras de árboles, corría el río saltando entre las piedras blancas como carneros. El cielo era siempre de un azul profundo, barrido por brisas frescas y dulces. Las casas, todas de un solo piso, se apretaban apoyándose las unas en las otras...”*

Estos primeros paisajes fijados en su mente y alma serán más adelante la fuente inspiradora de su obra, los verdes, la altura, la casa, el río, marcarán el tono constante en las imágenes llevadas a la palabra.

Creció en una Colombia de contrastes, el progreso desplaza al campesino y nuestro niño fue metiendo en la maleta de temas para escribir tantas vivencias como pudo. Lo vemos en su modelo narrativo; la permanencia del río, un río cuyo cauce lleva al personaje y sus culpas, los transforma en pecadores en busca de la expiación llevados por Caronte, así como él mismo lo cuenta en las “Biografías imaginarias” texto citado anteriormente:

–“yo muy conmovido, le hacía preguntas a mi tía, ¿cuánto duraba el infierno? ¿Cuánto se podía estar allí? Mi tía replicaba, ahucando la voz solemnemente, que duraba toda la eternidad no comprendía bien aquello. Lo que más me mortificaba era pensar que aquellas pobres gentes desnudas, entre las llamas retorcidas y rojas de la estampa, padecieran insufribles dolores”. (pág. 15)

Ahora, una vez que ya entendimos que tuvo una infancia plena, llena de señoras que lo arrullaban y consentían, un padre que solía beber, con ojos enrojecidos mientras mostraba una sonrisa con sus blanquísimos dientes, detalle que en sus cuentos serviría para la caracterización de los personajes que acuden al placer del alcohol.

Busquemos al Vargas Osorio joven, al hombre pensador y reflexivo. Corría la década de los 30, época en que en Colombia ejercía su hegemonía el liberal Olaya Herrera, quien gozaba del apoyo y simpatía de nuestro escritor. Este presidente encontró un país con una deuda externa

enorme, hueco fiscal, unas condiciones económicas que no permitían al obrero recibir un sueldo justo y los sectores productivos prácticamente brazos abajo, decide entonces asumir el reto de modernizar Colombia, transformándola de rural a urbana y con ello toda la tecnología necesaria. Estos cambios radicales en la sociedad del país, causa un gran impacto en la zona petrolera de Santander y Vargas Osorio no es ajeno a ella, al contrario, se hace testigo del ferrocarril, del obrero y el taladro, de la fiebre llegando por el río, del hollín y el alcohol, de la prostituta y la tierra caliente que los abrasa en sus propias historias.

Si hablamos de un Vargas Osorio político, no podríamos dejar pasar, la reseña que de él hiciera el partido Liberal de Colombia (2) en el que resalta su labor como representante a la Cámara por Santander y su obra como escritor:

“...en 1930 terminó el bachillerato y comenzó a colaborar en el suplemento literario de El Tiempo; luchó por la candidatura de Enrique Olaya Herrera y se destacó como orador en defensa ferviente de las ideas liberales; en 1933 dirigió “El Liberal” en El Socorro y de allí pasó a la redacción de Vanguardia Liberal en Bucaramanga; en 1934 viajó al Ecuador; en 1935 trabajó en El Espectador y en la Contraloría General de la República; en abril de 1936 fue encargado de la dirección de Vanguardia Liberal; en 1937 fue electo como diputado a la asamblea de Santander por el partido Liberal, tiempo en el que publicó su primer libro: “Vidas menores”; en agosto de 1939 fundó un periódico de nombre El Día, con el ánimo de defender las ideas liberales y fue electo representante a la Cámara por Santander; las primeras manifestaciones de la enfermedad que lo llevaría a la tumba, aparecieron y le fue amputada una pierna; se recuperó y entró a la redacción de El Tiempo, donde fue director del suplemento dominical...)

Así que nuestro santandereano se destacó en el plano político como lo hicieran también otros escritores por las décadas de los 30 y los 40, en respuesta a un movimiento del querer un cambio y del creerlo posible, tal vez un sueño desde lo poético, recordemos a Pablo Neruda como embajador de Chile en París, Rubén Darío embajador de Nicaragua en Argentina, Huidobro y Lorca activistas políticos, Vicente Gerbasi embajador de Venezuela en Colombia, era quizás el afán de sus espíritus por construir como los griegos, sociedades sensibles a la estética de lo humano y lo intangible del mundo.

Pero su afán no quedó sólo allí, la política es efímera en cuanto a su paso, pero lo verdaderamente sustancial es lo que quede del escritor en las páginas de la literatura como construcción de hombre-palabra-sociedad. Tomás Vargas Osorio, el pensador, el político, el crítico, articulista de la vanguardia liberal y otros periódicos de la región se hizo también parte de la pléyade de los fundadores de “Piedra y Cielo”, un movimiento literario colombiano que quedó para siempre inscrito en las influencias de la escritura contemporánea, un movimiento que de entrada, rompe valiente y atrevidamente con el paradigma “Guillermo Valencia”, pero lleva sobre sus hombros, la influencia de Barba Jacob, León de Greiff y Aurelio, por nombrar algunos autores colombianos. Este joven junto a otros poetas más, nacidos entre 1908 y 1914, necesitaban abrir nuevos modelos de comunicación, se reinventaron desde el realismo, ya dentro del recién adquirido y recién descubierto orbe urbano y por qué no una suerte de intimismo gris que compartían como rasgo común en sus obras.

Piedra y Cielo, como lo dice el “Manual de Literatura Colombiana”, es la historia de una hazaña poética, emprendida con el fervor de los años juveniles, bajo signos de responsabilidad y devoción por los valores nacionales del espíritu y la tierra, así como por la fidelidad a un destino poético, se anudó la voluntad, la vigilia y el sueño. (pág. 92)

Si bien es cierto que el motivo de la agrupación fue una razón editorial, también es cierto que, tenían el mismo afán de renovación e innovación del lenguaje. No olvidemos que para entonces, se destacaba el modernismo como punto de partida para la inauguración de una nueva forma de decirlo; Rubén Darío, Huidobro y Lorca en Europa hacían gala de lo que en Colombia Vargas Osorio proponía como necesario en la narrativa y la poética. Si hacemos una detenida lectura, en los poemas de Vargas Osorio vamos a encontrar una suerte de desplazamiento de la lírica por la metáfora, como una influencia del ultraísmo europeo, amén de una fuerte conexión con el tono, la imagen, el sentido y la musicalidad que sustentaba la poesía modernista hecha por los escritores de la generación del 27.

Cito el poema “la nueva ciudad” de Tomás Vargas Osorio:

LA NUEVA CIUDAD

*(Cual la sonrisa de un niño a la de otro
tan semejante tú a la primavera,
y en brisas de esperanza floreciendo
la rosa azul fragante de tus venas).
Cárdenos horizontes –ni un ala se atrevía-;
hosca llanura de amarilla piedra;
el párpado quemado, el labio duro;
sed que de sí misma está sedienta.
Ni pájaros, ni hojas, ni miradas
la tierra sola como una oscura lepra
al Sur, al Norte, al Alba y al Crepúsculo.
¿Qué follajes murieron, qué rumores
su miel dorada dieron a la arena?
Ni pájaros, ni hojas, ni miradas
¿Y en la noche sin labios ni luceros
qué persiguen las manos extasiadas?
Un viento era en la noche. Los cabellos
ardían en la llama
que alumbraba la cera de la frente.
Un viento era en la noche. Blancas páginas
del libro pasaban y entre tanto
una ciudad se hundía lentamente.
En la sangre una ciudad se hundía
Con las voces de todas sus mujeres;
con los gritos de todos sus hombres;
con las risas de todos sus niños;
con todo el oro de sus luces;
con el llanto de todos sus parias;
con todas sus flores abiertas;*

*con todos sus puñales escondidos;
 con todas sus manos atadas;
 con todos sus rumores y alaridos;
 con todos sus besos y todas sus blasfemias
 En la sangre una ciudad se hundía.
 Y fueron desapareciendo los escombros.
 - Aquí una mano arrancada al gajo lívido
 de la muñeca, allá un grito trizado;
 un pétalo, una mirada o una cabellera-
 “¿Dónde ahora está la ciudad de tantas
 voces?”*

Las había:

*dulces como flautas;
 crispadas como puños feroces;
 tiernas como el paladar de un niño;
 melodiosas como laúdes;
 soberbias como ráfagas;
 humildes como insectos;
 traidoras como el agua.*

Y las había:

Altas como la soledad de las torres,
Pequeñas como la hierba que se arrastra.
“Dónde ahora está la ciudad de tantas voces?”
Sobre el triste naufragio una voz clara.
La plaza de unos labios
-de tu labio, tu beso y tu palabra-
En la mañana tú empiezas a construir tu
ciudad,
un hijo, una rosa, una sonrisa.
-¿No es eso ya la primavera?

Ahora revisemos fragmentos del poema Canto II del poeta chileno Vicente Huidobro:

*“Mujer el mundo está amueblado por tus ojos
 Se hace más alto el cielo en tu presencia
 La tierra se prolonga de rosa en rosa
 Y el aire se prolonga de paloma en paloma
 Al irte dejas una estrella en tu sitio
 Dejas caer tus luces como el barco que pasa
 Mientras te sigue mi canto embrujado
 Como una serpiente fiel y melancólica
 Y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro
 ¿Qué combate se libra en el espacio?
 Esas lanzas de luz entre planetas
 Reflejo de armaduras despiadadas
 ¿Qué estrella sanguinaria no quiere ceder el paso?
 En dónde estás triste noctámbula
 Dadora de infinito*

*Que pasea en el bosque de los sueños
 Heme aquí perdido entre mares desiertos
 Solo como la pluma que se cae de un pájaro en la
 (noche
 Heme aquí en una torre de frío
 Abrigado del recuerdo de tus labios marítimos
 Del recuerdo de tus complacencias y de tu
 (cabellera
 Luminosa y desatada como los ríos de montaña
 ¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos?
 Te pregunto otra vez.
 El arco de tus cejas tendido para las armas de
 (los ojos
 En la ofensiva alada vencedora segura con orgullos
 (de flor
 Te hablan por mí las piedras aporreadas
 Te hablan por mí las olas de pájaros sin cielo
 Te habla por mí el color de los paisajes sin viento
 Te habla por mí el rebaño de ovejas taciturnas
 Dormido en tu memoria
 Te habla por mí el arroyo descubierto
 La yerba sobreviviente atada a la aventura
 Aventura de luz y sangre de horizonte
 Sin más abrigo que una flor que se apaga
 Si hay un poco de viento...”*

Estamos en presencia, sin duda, del influjo vanguardista, el cultivo de la metáfora en cada verso, el cuidado riguroso del lenguaje poético, la naturaleza y el amor como elementos fundacionales del poema, el equilibrio entre lo espontáneo y la técnica, lo intelectual y lo sentimental. Si leemos en voz alta un poema y luego el otro, nos asombraríamos del parecido en la musicalidad, incluso en cada pausa que hacemos el ritmo es marcado al mismo compás.

Ahora invoquemos a otro poeta de la misma pléyade, Federico García Lorca, quien desde España resultara ser una de las voces más representativas de su generación, poeta, músico, dramaturgo, activista político, característica que lo convirtiera en joven mártir de la historia contemporánea española. Citemos el poema de Vargas Osorio, “el héroe familiar”:

EL HÉROE FAMILIAR

*Llevaba sobre los hombros
 tendida la noche larga
 con sus gallos de ojo vivo
 y sus estrellas amargas.
Eran negros los caminos
cortados en piedra brava
por la pezuña del diablo.
Potro blanco, blanca ruana,*

el filo de los cuchillos
mordía la madrugada.
 -Aguardiente en copa verde
 y amor que huye con el alba-.
El patio quedaba en sombras,
quedaba en sombras la casa,
galope de potro blanco
al son de estribos de plata.
 ¡Campana suena en la torre
 que viene Plutarco Vargas!
Blanca ruana, potro negro,
trae doncella raptada,
tendida sobre los hombros
la noche, como una capa...”

“...El día se va despacio,
 la tarde colgada a un hombro,
 dando una larga torera
 sobre el mar y los arroyos.

Las aceitunas aguardan
 la noche de Capricornio,
 y una corta brisa, ecuestre,
 salta los montes de plomo.”

Prendimiento de Antoñito el Camborio, fragmento. Del Romancero Gitano, García Lorca.

Y citamos un poema más de Lorca donde hallamos una gran similitud, me atrevería a decir que Vargas Osorio trasegó el poema como homenaje a Lorca, no olvidemos que el “homenaje” fue otra de las características que marcó la generación, la ruptura con lo que había no se circunscribía al rechazo de lo que precedía, sino más bien el reconocimiento de la influencia y del poeta mayor, por ello encontramos homenajes de Huidobro y Lorca a poetas como Juan Ramón Jiménez, y Dámaso Alonso. Leamos entonces el “romance de la luna, luna” y volvamos al poema el “héroe familiar”:

“La luna vino a la fragua
 con su polisón de nardos.
 El niño la mira, mira.
 El niño la está mirando.

En el aire conmovido
 mueve la luna sus brazos
 y enseña, lúbrica y pura,
 sus senos de duro estaño.

*Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.*

*Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.*

*Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.*

*Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.*

*El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.*

*Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.*

*Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando. “*

La sonoridad, la repetición de una palabra dentro del mismo verso para darle la musicalidad que los hace semejantes, el juego de la reiteración en la imagen, el equilibrio entre el purismo y la humanización, entre lo oculto y lo popular, entre lo regional y lo universal, lo moderno y la tradición.

Los homenajes suelen ser un reconocimiento a la escritura que ha influido, es un acto de amor a la luz que ha favorecido la voz propia del poeta, no existe un poema salido de una flor de loto, virgen en su esencia, los poemas son el resultado de lecturas ajenas combinadas con vivencias propias, por ello, cito lo que considero otro de los homenajes de Vargas Osorio al poeta Francisco de Quevedo:

Orgullo

Recluido en mis altas soledades

*-inexpugnable torre y mudo fiero-
 Pulo mi vida en frías claridades
 Vecino de la roca y del lucero.
 Hondo vivir; dulcísimas saudades
 Suavizan el viril perfil señoero.
Ni tesoros, ni espléndidas ciudades
Conmuévenme, no gozo lisonjero.
Raudos halcones y ágiles milanos
 En el viento; el sol entre mis manos
 Arde y de mis dedos se alimenta
 Pastor de viento y de nubes. Nada
Como de mi ser, que en sí mismas se sustenta.*

Ahora leamos de Quevedo, un poeta al que le obsesionaba la belleza, el amor, el paso del tiempo y la muerte, temas predominantes en la poesía y la narrativa de nuestro santandereano.

Amor constante más allá de la muerte

*Cerrar podrán mis ojos la postrera
 Sombra que me llevare el blanco día
 Y podrá desatar el alma mía
 Hora a su afán lisonjera;
 Mas no, de esotra parte, en la rivera
 Dejará la memoria, en donde ardía;
 Nadar sabe mi llama la agua fría
 Y perder el respeto a ley severa.
 Alma a quien todo un Dios prisión ha sido
 Venas que humor a tanto fuego han dado,
 Medulas que han gloriosamente ardido;
 Su cuerpo dejará no su cuidado;
 Serán ceniza, más tendrá sentido;
 Polvo serán, mas polvo enamorado.*

No sólo encontramos un gran parecido en la construcción del poema, en alguna palabra común, sino la evocación del tiempo, la mortalidad del hombre, la soledad que atormenta, los elementos de la naturaleza que se transmutan con el sentimiento y el estado del alma.

La amada lejana y el encierro del amado, es en realidad la introspección de “ella”, es ella quien es encerrada en el corazón del poeta en el sentido de la metáfora, como diría sor Juana, el amante labra con su fantasía una cárcel para encerrar la imagen amada.

Y qué decir de Aurelio Arturo y su luz sobre la pluma de Vargas Osorio en el poema “El hombre sin tierra”:

EL HOMBRE SIN TIERRA

¿Hacia dónde? Hacia el Sur, de sierras

nevadas
 y rumorosas selvas?
 ¿O hacia el Norte, de brisas trasatlánticas,
 hacia el Norte, de mástiles viajeros y
 navegantes nubes?
 ¿O una tierra de trigos y manzanas
 prefiere tu vagabundo corazón, humano
 caracol en que resuenan
 los vientos de la patria, así los de sus mares
 Como los de sus cordilleras - ¡todos los vientos
 de la patria!-
 ¿O iremos al Cauca donde el río de florida
 barba
 abraza ciudades mediterráneas,
 dulces ciudades pobladas de mujeres
 morenas?

¡Cuánta necesidad de patria, de tierra firme y propia en la palabra! El compromiso del poeta con su historia, con la historia en curso, el hombre-la patria y la mujer. Tres elementos que sujetan el poema y lo alimentan a la vez. Leamos el poema “canción de la noche callada” de Aurelio Arturo:

*En medio de una noche con rumor de floresta
 como el ruido levísimo del caer de una estrella,
 yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.*

*Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.*

*Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.*

*En la noche balsámica, noche joven y suave,
 cuando las altas hojas ya son de luz, eternas...*

*Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
 si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?,
¿qué lumbre buscaré sin días y sin noches?*

En ambos poemas encontramos la búsqueda del país, reconocerse en la tierra y su topografía mágica, la pertenencia a la patria...pero también, la búsqueda de la mujer, la mujer morena,

mujer de tierra y fuego, ambos poetas buscan la patria y la mujer, se interrogan, se responden, se encuentran.

A partir de los años 40, nuestro autor busca el reconocimiento en su obra de la llamada “novela bárbara” y dice al respecto *“hay que dejar de escribir relatos desmayados y descoloridos y lanzarse resueltamente en la vena ancha y turbulenta de la vida americana para escribir nuestra novela, nuestra novela bárbara”*.

Este concepto estético y de estilo, lo llevó también a la narrativa, en la poesía lo logró maravillosamente como podemos apreciarlo en el poema llamado “voz” donde cita a uno de sus autores predilectos, Nietzsche en el epígrafe que lo corona.

VOZ

*...es esta tierra una
tierra sin lluvia.*

Nietzsche.

*Una tierra seca, sin nombre,
acogerá nuestros huesos.*

*Una tierra estéril, hosca, una tierra
de ceniza, sin pájaros, sin flores y sin fuentes,
una tierra sin blandos rumores, silenciosa,
con altas y frías peñas,
con gargantas de piedra donde habiten
las sombras, serpientes que se anudarán
a nuestros cuerpos.*

*Una tierra sin aire dulce que la bese,
sin horizontes, sin trinos.*

Una tierra seca, sin nombre.

Más piadosa que ésta

que ciñen claros ríos,

*que habitan bellas aves, con albas de
ámbar dulce,*

*con follajes, con fuentes, con rumores y
un aire*

tibio que la besa y aldeas y mujeres

*cantando en los crepúsculos junto a los
claros ríos,*

*a las verdes colinas, a los valles azules,
junto a las horas tiernas.*

Una tierra seca, sin nombre.

Hombre que le escribe un paisaje bravo, tierra tan caliente como intrincada de topografía y humanidad, sus cuentos siguen la misma línea estética y vanguardista en el sentido del compromiso con su realidad, del lenguaje renovado pero resaltando lo regional, metáforas que nos revelan la otra lectura del hombre y su entorno.

Santander es retratado a través de la historia de sus hombres, atravesado por ríos desde la baja manigua del Magdalena hasta las cumbres inasibles de los páramos. Historias que transcurrieron mientras aquellos recios hombres, construyeron caminos, tumbaron selvas, sembraron el café y el tabaco, extrajeron de la entraña de la tierra el petróleo, siempre bajo la vigilia de la oz de la muerte, en forma de epidemias, hastíos, desesperanza y enfado.

Es constante en los textos de Vargas Osorio el ruidoso taladro, el hollín, el aliento a alcohol, la pólvora y las prostitutas, el papel de la mujer merece una pausa aparte, que más adelante abordaremos. Esta literatura de barro y agua, de petróleo y hombres, aborda la humanidad en su sentido terrible, bordea el vértigo del infierno Dantesco con sus hombres llevados en la barca, cargados de sus pecados con rumbo a su infierno propio cuya muerte sería la expiación definitiva. Recordemos el pasaje, donde el pequeño Tomás, absorto por las estampas dantescas, decide hacerse sacerdote y va a un colegio de educación sacerdotal, pero finalmente ganamos al escritor y tal vez en ese afán de limpiar al mundo de las culpas, vemos retratado en sus cuentos personajes y situaciones que se parecen más a un purgatorio.

Lluvia en el campo es una rememoración de la infancia, de los afectos del escritor por el verdor de los paisajes, de esas primeras construcciones de personajes que lo marcaron en sus jóvenes años de vida, cada escena vivida es vuelta a poner en el papel, con un hilo narrativo, una historia hecha de recuerdos y reconstrucciones, comienza con una descripción del campo, del paisaje, en un tono poético de altura para recibir al primer personaje. Hace gala de las sensaciones y su poder sobre los sentidos:

“... si, si, era el sol. Y era una alegre brisa trotona y mañanera que mordisqueaba las hojas de los cayenos y las largas y puntiagudas de los maizales que empezaban a cuajar...”

Luego nos pinta la casa con una capacidad pictórica admirable, lleva de su memoria las pinceladas de la casa santandereana que se levantaban en las montañas como parte de ella, como un árbol más de su frondosidad.

“La casa era de techo de teja como la de todos los pequeños propietarios rurales; se reducía a un corredor de tierra apisonada, a una salita oscura y a dos habitaciones más oscuras todavía por la falta de ventanas. En el patio un rancho de paja y bahareque servía de cocina. En el corredor, sobre la baranda, colgaban los aperos de labranza, y de un cuerno clavado en la pared pendía una escopeta y una mochila. En la sala había cuatro taburetes viejos, con flores pintadas en la baqueta de los espaldares. Las paredes estaban adornadas con violetas de Chiquinquirá, cubiertas de grasa.”

Vargas Osorio nos trae la devoción de un pueblo, la fe que sólo hallamos en la nobleza del campesino, la que necesita para ir a la siembra y a la mesa, la que es fértil para el explotador, como el sacerdote de la iglesia, quien los hace sumisos a través de la culpa y el pecado.

“— Sumercé — dijo la mujer — lloro de pensar que este año apenas alcanzó el maíz para pagar el arriendo y el diezmo del año pasado. Y el padrecito está furioso y dice que no acrismará al pequeño si no se le pagan cinco pesos que se le deben de unas salves, cuando Remigio se enfermó de la espalda”.

En este cuento, está tan retratado el autor, que no olvida dejar testimonio de un tema que suele ser constante en toda su obra y en las obras de quienes lo acompañaron en su generación “piedra y cielo”, vemos aquí la reflexión que hace sobre sí mismo, como si supiese a ciencia cierta la llegada de la muerte temprana.

“Pensaba en el tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Cuándo hace su aparición en nuestra vida? Para la mayoría de los hombres el tiempo aparece cuando se va llegando a los treinta años. Entonces empieza a descubrirse un paisaje diferente, más profundo que extenso. No son las cosas externas, que viven independientemente de nuestro propio tiempo personal, las que constituyen ese paisaje; sino nuestra alma misma sobre la cual volcamos una mirada penetrante y angustiada llena de perplejidad y de incertidumbre. (...). Y conciencia no solamente de la duración de las cosas, sino principalmente, de nuestra transitoriedad inevitable. No conciencia de vivir sino de morir”.

El texto titulado “el final” nos dice de un autor comprometido con la historia en curso y todo lo que ello significa desde lo ideológico, lo político, lo social, inscrito como referente del discurso literario:

“Pero un día cesó la lluvia. La vida volvió al campo. El viejo Pedro se sintió de nuevo como antes. Una fiebre de trabajo acometió a todos los campesinos. Las labranzas verdeaban y de los trapiches antes abandonados empezaban a elevarse, por los grandes buitrones de ladrillo rojo, negras columnas de humo. Olía a miel.

Y el sol reía, en el cielo, como un buen viejo de rostro de plata...”

El autor relata lo que para él desde una mirada amplia es Santander, una tierra árida, agreste, donde el santandereano la ha forjado a punta de trabajo y esfuerzo, convirtiendo una tierra seca en una hermosa tierra fructífera.

Destaca a su vez, al santandereano como gente bravía, dura para el trabajo, gente con tesón en sus ideales, capaces de transformar tristes y solitarios paisajes en hermosos valles habitables, con el colorido de las flores y el sonar de sus imponentes y caudalosos ríos y manantiales.

Pero los relatos de Vargas Osorio también tienen esa suerte de lo que en Colombia luego se conoció como realismo mágico, podría decir entonces, que esta característica narrativa está en los genes de la imagen hecha palabra, aquí un fragmento del cuento la “aldea negra”.

“De día tenían aún el consuelo de ver la selva protectora extenderse a sus espaldas y arriba, sobre la cresta de la ola, brillar el sol como un extraño pez oblicuo; pero cuando bajaba la noche y todo se confundía en una masa negra, entonces el río roncaba más fuerte.

“Cada año, con la inundación venía la muerte y escogía unos cuantos de la aldea. Los descarnaba primero hasta dejarles la piel oscura adherida al esqueleto, arrugada, colgante en el vientre: luego los ponía amarillos como la barriga de las tortugas que dormían en los mangles y por último les abría las quijadas para que con los dientes blancos quedaran brillando al sol en una risa esmaltada y siniestra. A la muerte le gustaban estos dientes de los negros, blancos y fuertes y todos los años venían a verlos reír en una risa interminable, brillante e inmóvil.”

Tomás Vargas Osorio trabaja el oficio de narrador, sabe que llevar el hilo histórico hasta el punto final, alcanza con efectividad una clausura redonda del texto.

“Nunca se equivoca. Rostros, rostros, rostros... El viejo Tchen llevaba en su memoria una estadística trágica de rostros que había visto una sola vez y luego habían desaparecido para siempre. El río los devora inexorablemente. ¿En qué consistía ese poder misterioso de la bestia? Tchen mismo lo había sentido enroscado en torno a su voluntad.

Todos los sentían, pero nadie hubiera podido decir exactamente que era aquella fuerza extraña que los retenía para siempre allí, junto al río mientras el río los devoraba.”

Hay un elemento constante en la narrativa de Vargas Osorio, si repasamos los autores que solía leer y en consecuencia fueron elemento de influencia para su escritura, podemos afirmar que el santandereano logra establecer a partir de la estética y el concepto de Dante, un infierno, un pago de pecados, un Caronte que los llevará al fatal designio a través del río. El río, siempre estará presente en sus historias como la corriente que atraviesa el corazón de los hombres para bien y para mal. Un río amargo, misterioso, espeso, que lleva, que hunde, que mata...o que salva dependiendo del pecador.

Del cuento “tempestad”, podríamos decir que enfatiza esta fijación, la pestilencia, la muerte y Caronte en el infierno. Las prostitutas, el alcohol, el abandono...es un cuento que transcurre en el río, es el viaje de almas desconocidas, desconfiadas, la desesperanza los gobierna, los temores los domina, es un constante desafío a la naturaleza, el río en contra, la noche, y los presentimientos. Aunque debo juzgar que este cuento en particular comenzó con un tono de intriga y lo mantuvo a lo largo de la historia, lo que resulta decepcionante es el cierre, ya que lo hace con una acción meliflua, romanticona, floja y un diálogo absurdo y tonto, lo que hace perder al texto su fuerza y carácter.

“El patrón la toma amorosamente y la besa con las palabras “No sé qué diablos te ha pasado, pero hoy estás distinta. — La estrechó más fuertemente contra su pecho, la rodeó con un brazo la cintura y la besó en los labios.”

Los cuentos de Vargas Osorio ya lo he dicho, dejan entrever su propia vida, sus temores, sus recuerdos, sus reflexiones...pero también sus tendencias un tanto oscuras, por ejemplo, podría afirmar que hay una suerte de misoginia constante. Ningún cuento tiene por personaje principal a la mujer, toda mujer que entra como personaje es una prostituta, una alcohólica, una servil o una sombra de muerte. Hay un enfado velado contra la mujer, un machismo del autor puesto en la boca y la acción de las historias y los hombres que la transcurren.

Del cuento “hombres”:

“— ¿Para quién debe ser la mujer?

— Yo la odio — repuso el antioqueño.

— Pero siempre es una mujer — agregó el otro.

— Es del viejo. ¿Por qué vamos a quitársela?

—No sé, pero me parece que nos falta una mujer — insistió “Cuba”.

Antioquia y yo nos jugamos anoche la mujer. Creímos que tú no te opondrías. Eres viejo y además hay otras mujeres. La he ganado yo.

La mujer es mía.

Matías reflexionó o bien aparentó que estaba pensando en lo que “Cuba” le acababa de decir. Al cabo preguntó:

— ¿Qué dirá “El”?

— No dirá nada. Nada le importa

— Está bien — dijo Matías. — Llévatela.”

Ella termina suicidándose, el hombre se devuelve a jugar cartas y seguir bebiendo y nadie se percata de nada o simplemente no importa.

El enganche nos vuelve a traer el río o tal vez a llevarnos con él corriente abajo....

Aquella llanura rojiza estaba llena de dédalos de agua sombría y quieta, de pantanos y ciénagas sobre los cuales se extendía una vegetación espesa de juncos y anchas hojas flotantes. La selva de manglares se alejaba hacia el sur, confundiendo con la barrera de fuego del horizonte.

El río, principio y fin El tren trepidaba, se sacudía, se bamboleaba a un lado y otro. Al fin se vio una sinuosa línea brillante, un dilatado espacio claro y azul.

— ¡El río! — dijo Antonio —. No te dije, Juan, que tú y yo teníamos que llegar hasta el río?

El cuento en Colombia tiene indudablemente sus orígenes en los mitos y leyendas precolombinos. La tradición oral, que aún permanece en muchas comunidades colombianas, con sus juglares, cantadores y contadores, conforma el ancestro de un país cuya magia lingüística sobrepasa los esquemas de la lógica tradicional. Así, los chamanes, los brujos y los abuelos han legado en sus descendencias cuentos, historias, narraciones que en esta época siguen siendo relatados. El territorio santandereano posee una cultura de exuberancia, agreste, dura, brava, de altos y vertiginosos páramos como de tierras calientes y polvorientas. Tomás Vargas Osorio logra hacer un paisaje-retrato con la palabra, este escritor, según afirman, fue un hombre que le gustaba recorrer las calles de Santander desde el socorro hasta Bucaramanga, tomando de ellas una imagen que traduciría en historias, las historias que alcanzó a escribir antes de que sus ojos tempranamente se cerraran ante los paisajes que lo vio ser.

Biografías Imaginarias. Tomás Vargas Osorio. Colección Estoraques. Editorial UNAB. 2002.

Academia Liberal de Historia. POETAS LIBERALES. Rodrigo Llano Isaza Partido Liberal Colombiano. Bogotá, agosto de 2004.

